

Jesús como Rescatador y Redentor: Una imagen que debe desaparecer

John Shelby SPONG
<http://www.johnshelbyspong.com>

De vez en cuando, las ramas secas del pasado tienen que ser podadas, para que nueva vida tenga la oportunidad de brotar. Respecto al «relato sobre Jesús», esa poda es vital y urgente. No todas las imágenes utilizadas para explicar a Jesús merecen sobrevivir. El candidato más obvio para ser eliminado, desde mi punto de vista, a lo mejor es también la más antigua de todas las interpretaciones de Jesús. Me refiero a aquella imagen de Jesús como «el divino rescatador».

Esta imagen nos viene en dos formas. Primero, aparece en la retórica del tradicional predicador evangélico, para quien, dado el tiempo limitado de un sermón, era casi imprescindible utilizar ciertos clichés. En las cadencias verbales que caían tan fácilmente de los labios del predicador, se escuchan estas bien conocidas palabras: «Jesús murió por mis pecados. Él derramó su sangre preciosa en la cruz de Calvario por mi salvación. Yo he sido lavado en la sangre del Cordero. Por el sacrificio de Jesús, yo he sido salvado. La mancha del pecado en mi alma ha sido limpiada».

Tal vez las palabras no son exactas, pero los temas presentes en este punto de vista nos son muy familiares.

En segundo lugar, está la mucho más sofisticada retórica de la teología académica a lo largo de los tiempos. Los líderes pensantes cristianos, actuando dentro de su propia forma de ver la vida, han gastado siglos desarrollando lo que ellos denominan «la teología de la cruz», como un ingrediente esencial de la historia de Jesús. Del proceso han resultado muchas variaciones sobre el tema, consideradas como la creencia central del cristianismo: la doctrina de expiación. Esta doctrina implica cosas tales como: una visión particular del sentido de creación, la caída de la vida humana en algo que se llama «pecado original», y la obra salvadora de Jesús con el resultante rescate. Se ha dicho que esta obra de Jesús ha producido la «reconciliación» entre Dios y la vida humana, y esto es lo que la doctrina de expiación celebra.

El lenguaje sobre pecado original y expiación proviene de círculos cristianos que lo han elaborado durante tanto tiempo, que ha venido a adquirir el status de «mantra» sagrado. Esto quiere decir que no se puede cuestionarlo, y que su estructura básica no precisa más explicación. Cuando se dan nuevas circunstancias, simplemente se ajusta, nunca se reconsidera. No obstante, bajo un examen más atento, estos conceptos sagrados nos tienden a imponer una visión de vida humana que ya no es operativa; una comprensión teística de Dios articulada en una forma que es casi repulsiva; una visión mágica de Jesús que viola nuestro razonamiento; y la necesidad práctica de que la Iglesia dé por supuesta la culpabilidad, como un requisito para conversión. No hace falta ser un genio para concluir que esta visión sobre

Dios y sobre Jesús, igual que esta manera de entender la Iglesia, no podrán durar mucho tiempo.

La mentalidad de «Jesús-como-rescatador» ha llegado a impregnar tanto la autocomprensión del cristianismo que apenas es posible pensar el cristianismo sin ella. Tal vez ésta es la razón por la que un inmediato colapso de este sistema religioso parece ahora algo tan obvio. La mayor parte del contenido de esta creencia-tradición ha sido organizada de forma que esté al servicio de esa visión de la redención. El sentido del bautismo presupone la redención. El culto principal eucarístico de la Iglesia, con frecuencia llamado «el sacrificio de la misa», representa en forma litúrgica esta visión redentora de Jesús. Todo el cuerpo de la Biblia, tradicionalmente, ha sido leído e interpretado de manera que apoye esta comprensión particular de Jesús como redentor. Lo proclama la presencia de la cruz o el crucifijo como símbolo principal de cristianismo. Es un argumento circular al cual cuesta entrar, y no obstante, esta misma «circularidad» le ha dado la coherencia misma del drama cristiano en su conjunto, tal como lo hemos venido a conocer. Los varios elementos presentes en este punto de vista son fáciles de esquematizar. Voy a indicarlos con claridad y así subirlos a nuestra conciencia. Solamente entonces, pienso yo, será posible arrancarlos de cuajo para que nazca vida nueva, una vida no estrangulada por esta arcaica perspectiva.

La Biblia comienza con la historia de creación. El texto afirma que fue una creación perfecta, más, una creación terminada. Cuando Dios miró todo lo que Dios ha hecho, la narración proclama que Dios lo declaró bueno y luego descansó de sus labores divinas.

El colmo de esa acción creadora llegó cuando Dios hizo el hombre y la mujer y los instaló como administradores de toda la creación. Adán y Eva, continúa la narración, vivían dentro de la perfección del mundo de Dios, llamado el Jardín de Edén, donde ellos gozaban de una relación perfecta con su creador. Dios proveía a todas sus necesidades. Había alimento y agua en abundancia. Dios paseaba con estas criaturas humanas en comunión perfecta en el fresco del atardecer. Sin embargo, según el texto, unas fronteras fueron establecidas en este paraíso. A la primera familia humana le fue concedido acceso a todo lo del jardín, menos a una cosa: el árbol del conocimiento del bien y del mal, que estaba en el centro del jardín. La fruta de este árbol fue «la fruta prohibida». Las criaturas humanas no debían comer de la fruta de este árbol, puesto que, se había dicho, si comieran, se abrirían sus ojos y llegarían a conocer lo bueno y lo malo. Éste fue un mito fascinante, y durante la mayor parte de la historia cristiana, se lo ha entendido de forma absolutamente literal (Gn 2,5 – 3,24).

Por supuesto, «fruta prohibida» es algo que tiene una atracción tremenda para la mente humana. Según la narración bíblica, Adán y Eva primeramente miraban al árbol y su fruta. Luego se dieron una vuelta alrededor del mismo, saboreando fantasías sobre la fruta, hasta que el deseo llegó a ser irresistible. Por fin, escuchando la voz de la tentación encarnada en una serpiente, y racionalizando lo que profundamente querrían hacer, no hicieron caso de la prohibición y comieron de la fruta del árbol que había sido puesto fuera de su alcance. Dios fue desobedecido. La perfección de la creación fue arruinada. La vida humana cayó en el

pecado.

Según la historia bíblica, los efectos de esta caída fueron inmediatos y permanentes. Los ojos de Adán y Eva se abrieron. Se vieron a sí mismos como individuos separados de Dios. Sentían culpa y vergüenza. Cubrieron su desnudez con delantales de hojas del higo. Cuando Dios vino a pasearse con Adán y Eva esa tarde, ellos ya no lo miraban como su creador, fuente de su vida, sino como el juez que señaló su culpa. Así, se escondieron de la divinidad entre los arbustos del Jardín de Paraíso. Se interrumpió la comunión. La reacción humana inevitable fue un cohibido egocentrismo.

Cuando Dios halló estas criaturas escondidas en el monte, la realidad de la caída llegó a ser obvia. Se montó un juicio divino que puso en evidencia la pauta fija de conducta humana de excusarse a sí mismo y echar la culpa a otros. Los seres humanos, en su estado caído, ni siquiera eran capaces de aceptar la responsabilidad de sus propias acciones. Adán echó la culpa a Eva y a Dios. Dijo que Eva había sido la causa de su caída, pero que había sido Dios quien hizo a Eva. Fue un argumento fascinante. Por su parte, Eva echó la culpa a la serpiente. Acto seguido vino el castigo.

La primera familia fue exiliada del Jardín de Edén. Se perdió el paraíso. Según contó la historia, desde ese momento en adelante, la vida pasó ser una lucha. Por toda eternidad, la serpiente iba a reptar sobre su barriga y a comer polvo. La mujer iba a sentir dolores de parto mientras aumentaba la familia humana. El hombre iba a tener que ganarse la vida con el sudor de su frente en una eterna lucha para sobrevivir. Y al fin, todos tendrían que morir. La inmortalidad que les habían pertenecido como criaturas hechas a la imagen de Dios, se terminó. Mortalidad ahora iba a ser el destino universal de todos los manchados por el pecado primordial de Adán y Eva. Un ángel con espada en mano ahora quedó puesto en la entrada del Jardín de Edén para asegurar para siempre que los miembros de la familia humana quedaran fuera de este paraíso. La vida humana iba a ser vivida en lucha, dolor y muerte ahí, por el Este de Edén.

Por este pecado de los primeros seres humanos, se afirmó que toda vida humana posterior, nacería en pecado y sufriría la muerte como la consecuencia final del pecado humano. La universalidad de la mortalidad humana fue aceptada como señal de la universalidad del pecado humano. El pecado original fue un pecado que abarcó a todo. Toda vida tenía necesidad de redención. Toda vida reclamaba un redentor. Éste llegó a ser la pieza central de la historia cristiana, como ha sido proclamado tradicionalmente.

Según estos argumentos, Dios puso en marcha el proceso de redención escogiendo un pueblo particular por medio del cual Dios iba a desarrollar el proceso de salvación. Sólo que no se explicó el motivo por el que Dios tuvo que hacer esto a lo largo de varios miles de años... como cuando se dice «es que, así es».

La historia cristiana de redención ha sido relatada en los términos de este mito. Según el texto,

la salvación empezó en una escala muy diminuta, con la vocación de Abrahán (Gn 12,1-3). Los descendientes de Abrahán iban a ser un pueblo más numeroso que las estrellas de los cielos o los granitos de arena en la playa del mar (Gn 22,17). No obstante cuando esa nación se desarrolló sufrió las mismas dificultades demográficas que todas.

Isaac fue escogido con preferencia sobre Ismael. Jacob fue escogido con preferencia sobre Essaú. Judá y José fueron escogidos en vez del primogénito Rubén (Cro 5,1.3). Por medio de José, este pueblo fue a vivir en Egipto para evitar una gran escasez. Con el tiempo cayeron la esclavitud. La historia de salvación, no obstante, empezaría de nuevo más tarde, después de unos cuatrocientos años, con Moisés y el éxodo.

En cuanto salieron de su esclavitud, el pueblo fue guiado por Dios, por medio de Moisés, hasta el Monte de Sinaí. La ley de Dios, llamada la Torah, fue entregada al pueblo (Ex 19-20). La ley iba a ser un maestro escolar para devolver este pueblo caído al estado de gracia. La esperanza de una redención final de su caída fue creciendo, con la creencia de que si un hijo especial de Israel pudiera, durante el espacio de 24 horas, guardar cada requisito de la Torah, llegaría el Reino de Dios y se establecería un nuevo Jardín del Edén en el cual el mandato de Dios siempre sería obedecido.

Así, la ley fue siendo aceptada como la salida de Israel del estado caído y pecaminoso de la vida humana. Ningún hijo de Israel guardó la ley perfectamente durante veinticuatro horas, y así, la búsqueda de una salvación seguía y seguía en la historia.

En el mundo antiguo se desarrolló un sistema sacrificial para ayudar superar este supuesto abismo entre las criaturas caídas y el Santo Dios. Israel formaba parte de este sistema sacrificial. Israel desarrolló en su vida litúrgica un día llamado Yom Kippur, dedicado al sentido humano de ser pecaminoso, instituido también con el fin de ser la ocasión de implorar reconciliación o redención. Dos rituales marcaron este día. Uno fue la confesión pública de los pecados del pueblo, que fueron cargados ceremonialmente en el lomo de un cabrito. Así, cargado con los pecados del pueblo, este cabrito, llamado «el chivo expiatorio», fue llevado al desierto, y junto con el chivo la gente creía que también desaparecieron los pecados del pueblo que ahora se quedó purificado y con sus pecados expiados (Lv 16).

El segundo ritual de Yom Kippur era la ofrenda sacrificial del cordero de la expiación (Lv 23,26-32). Este cordero ritual fue minuciosamente descrito para asegurarse que fuese físicamente perfecto. No se aceptaban rasguños, ni máculas ni huesos quebrados. Vida humana, tan alienada de Dios, tan profundamente caída en el pecado, tendría que aparecer frente a Dios bajo el símbolo de algo perfecto. Un ejemplar físicamente perfecto cumplió en parte con esa estipulación. El cordero también era «infrahumano» y por eso incapaz de ser inmoral, puesto que moralidad requiere la posibilidad de escoger el mal. Así que se ofreció a Dios una víctima moralmente perfecta, físicamente perfecta pero todavía infrahumana, para la expiación, para la reparación de los pecados del pueblo. Se presumió, que por ser humano, uno era pecador. Luego Pablo puso esta presunción por escrito: «todos pecaron y están privados de

la gloria de Dios» (Rm 3,23). De este modo, la entrega de la ley y el proceso del culto sacrificial fueron pasos intermedios que los seres humanos adoptaron para atender la presumida y desesperada pecaminosidad del pueblo. Ser humano era, por definición, ser malo, haber caído y estar en necesidad de ser rescatado, redimido.

El movimiento profético de Israel fue considerado, por estos primeros líderes cristianos, un aspecto más de la eterna tentativa de Dios por llamar a la creación caída a regresar a aquella perfección que había sido el propósito de su actividad creadora. Los profetas eran voces carismáticas a favor de Dios, que surgieron fuera de la estructura de poder existente, para desafiar a la gente a convertirse al camino de la rectitud. Por lo general los profetas fracasaron en su misión, pero lucharon fuertemente para lograr su propósito. Como es el destino de la mayor parte de los profetas, fueron apreciados solamente mucho tiempo después de haber muerto. Profetas que solían ser o exiliados o asesinados, pero que sus mensajes impactaban y eran anotados y leídos y re-leídos durante muchos años (Mt 23,27; Lc 13,34). Cuando los profetas dejaron de recordar a la gente la necesidad de volver a su destino del Jardín de Edén, Dios les dijo que al menos indicaran el tiempo que finalmente iba a llegar en el que la redención por fin acontecería y la salvación sería alcanzada definitivamente.

Gracias a la convicción de que los humanos son pecaminosos y precisan de redención, culpabilidad y la religión están tan estrechamente unidas en la historia del mundo occidental. La fuerza de la religión de Occidente siempre ha descansado en la habilidad de gente religiosa de entender y manipular aquel sentido de insuficiencia humana que se expresa como culpabilidad. Este sistema religioso supone que la meta de la vida es ser completo, libre, y estar en armonía con el creador, fuente de la vida. Es precisamente esto lo que hace tan fuerte el sentido de alienación.

En aquel tiempo antiguo, se consideró casi universalmente que la fuente de la vida era un ente sobrenatural externo, un ser capaz de ver todo y conocer todo, como si fuera un papá o una mamá. Éste era el Dios que «conoce los secretos del corazón» (Sal 44,21). En la presencia de esta deidad personal y juzgante, los seres humanos, sabiendo que no eran lo que habían sido creados para ser, trataban de esconderse, y con el tiempo se llegó a suponer que la habilidad de escondernos era un aspecto de nuestra humanidad. Nos escondemos de Dios, de uno y de otro, y hasta de nuestros mismos. Puesto que ser humano era ser malo, también ser humano era esconderse. Era humano fingir. Los líderes religiosos, durante siglos, aprendieron que para controlar el comportamiento del pueblo, era preciso exacerbar estos sentimientos de culpabilidad. Así, se construyeron imperios religiosos a base de ayudar gente convivir con, y en algún grado superar sus sentimientos de culpabilidad. Confesión, penitencias, actos de supererogación y misas por los difuntos fueron sólo algunas de las muchas palancas de culpabilidad incorporadas en la impresa cristiana que ha llegado a dominar el mundo occidental.

El golpe de gracia que permitió al poder eclesiástico triunfar, se dio cuando la penetrante culpabilidad humana de insuficiencia y fracaso se conectó con la universal realidad humana

del deseo, en particular del deseo sexual. Esa conexión fue principalmente un logro cristiano. A partir de ahí, en cualquier momento en que aparecía el deseo sexual, la culpabilidad era abrumadora. Se llegó a definir santidad como asexualidad. Se condenó el deseo que personas enamoradas sentían el uno para el otro. Se hizo que las mujeres se sintieran culpables por ser mujeres, que se sintieran culpables si estaban con la menstruación, que se sintieran culpables si ellas habían amado a un hombre, culpables si se casaron, culpables si tuvieron niños... Sólo hubo una mujer virtuosa, y fue una virgen madre. Se logró que hombres se sintieran culpables por tener deseos sexuales, culpables por tener poder, culpables por amar a una mujer. El sistema era universal. El sexo era malo. Y el sexo era universal. Ergo, el mal era universal. Se dijo que así era la herencia de Adán. Nosotros éramos criaturas caídas con necesidad de rescate. Así era el entendimiento común que dio forma y figura al mensaje de la religión de Occidente en general y del cristianismo en particular. ¿Cómo superar la culpabilidad? ¿Cómo reparar nuestra humanidad quebrantada? ¿Cómo rescatar la vida humana de su caída? El cristianismo se organizó para contestar estas preguntas.

La experiencia de Jesús fue captada desde esta perspectiva mental. El enlace entre nuestro sentido de insuficiencia y el papel de Jesús, se produjo en seguida, y apareció antes de que muriera la primera generación de cristianos. El primer paso de este proceso fue ver la muerte de Jesús en términos de pecado y salvación. Por el tiempo que Pablo escribió a los Corintios, a mediados de los años cincuenta, aquel paso ya había sido dado. Pablo dijo que Cristo murió «por nuestros pecados» (1 Cor. 15,3). De algún modo, nuestros pecados requirieron su muerte. El fue un sacrificio hecho en favor nuestro.

En el primer Evangelio que fue escrito figura palabra «rescate» (Marcos 10,45). La vida de Jesús fue «dada como rescate para muchos». Este evangelio de Marcos, probablemente siguiendo la sugerencia de Pablo, fue el primero en enmarcar la narración de los detalles de la muerte de Jesús dentro del contexto de la Pascua, con el fin que Jesús fuera inmediatamente identificado con el cordero pascual, sacrificado para quebrantar el poder de la muerte. Aquella historia escrita en el libro del Éxodo formó el centro de la liturgia judaica en el momento en que nacía la nación. Dios había hecho posible que escaparan de la esclavitud, enviando el ángel de la muerte para matar a los primogénitos en todo el país de Egipto. Los judíos se salvaron de esta matanza cuando sacrificaron el cordero pascual y untaron las jambas de sus casas con la sangre de este cordero. En la reinterpretación de este momento, la sangre del cordero pascual llegó a ser reemplazada por la sangre de Jesús. Este nuevo cordero pascual había derramado su sangre en la cruz, que ahora llegó a ser considerada como las jambas del mundo, quebrantando así el poder del ángel de la muerte. Lo único que nosotros los seres humanos teníamos que hacer, era presentarnos frente Dios por medio de la sangre de este nuevo cordero pascual. La visión de Jesús como rescatador de la empresa humana arrancó con gran impulso.

Por el tiempo que se escribió la Carta a los Hebreos, ahí por los años ochenta, se completó el círculo. Esta carta estableció firmemente en el pensamiento cristiano que Jesús, en su muerte, ha sido la ofrenda perfecta, esperada por siglos en el ritual expiatorio del Yom Kippur.

Primero, Jesús era un perfecto espécimen humano. «Conserva todos sus huesos, no será quebrantado ni uno solo» (Ex 12,46; Sal 34,21; Jn 19,36). También él era «el sin pecado». Era el hijo perfecto de Israel que guardó cada precepto de la Torah y había llegado al estado de perfección moral. Así que su sacrificio hizo innecesario cualquier otro. El gran vacío que separaba a Dios de la vida humana había sido vencido. Dios -se dijo- había enviado su hijo para «pagar el precio de pecado», para ser el sacrificio perfecto, para quebrar el dominio que el pecado y/o el diablo tenía sobre la vida humana. Él había superado la caída y triturado el poder de la muerte. «Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo» (1Cor 15,22), dijo Pablo de Jesús.

Mientras este entendimiento de la obra redentora de Cristo iba siendo desarrollado en la historia cristiana, Agustín, obispo de Hipona (354-430) y uno de las mentes teológicas más destacadas del mundo de Occidente, preparó el escenario para una interpretación de Cristo que iba a durar durante más de mil años. Él consolidó la relación entre Jesús y el mundo caído, concretando la teoría de la expiación realizada por Jesús.

Para Agustín, Adán y Eva eran, literalmente, los primeros seres humanos. Como consecuencia de su expulsión del paraíso, la muerte llega a ser el precio que todos los seres humanos tenían que pagar por su pecado. Agustín argumentó que la muerte no era natural sino punitiva, un castigo. Por medio del acto sexual, el pecado de Adán había sido transmitido a todo ser humano. La conexión entre pecado y sexo quedó claramente establecida. Todos los seres humanos estaban perdidos, incapaces de salvarse y destinados a morir en su pecado. Esta universalidad de pecado era lo que Cristo había quebrantado. Él había sufrido las consecuencias del pecado y había pagado el rescate debido o a Dios -o al Diablo-, y roto el poder de la muerte sobre la vida humana. Había arrancado el aguijón de la muerte, que era el pecado. Había robado la victoria de la muerte. «¿Dónde está, oh muerte tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» Pablo continúa diciendo: «El aguijón de la muerte es el pecado» (1Cor 15,55-56).

Mientras Agustín desarrollaba esta comprensión teológica de la vida, la tradición del parto virginal asumió más importancia para él. Para Agustín, las historias del parto virginal eran verdaderas literalmente, y ese parto virginal era absolutamente necesario para la misma salvación. Más aún, para Agustín, la salvación no hubiera sido posible si no hubiera sido por el parto virginal.

El razonamiento que está por detrás de esto está claro. El pecado de Adán se transmitía sexualmente de padre a hijo. El género humano nació ya de un Adán en pecado, pecado del que nadie podía escapar. El salvador necesario para hacer la obra de redención, no podía ser víctima del pecado de Adán. Esa preservación de Jesús del pecado humano, de la caída, se logró, para Agustín, por medio del parto virginal. El pecado de Adán no corrompió la humanidad de Jesús puesto que el Espíritu Santo fue su padre. En realidad Jesús no había sido un hijo de Adán. Por aquel entonces, se creía que la mujer no contribuía genéticamente, o materialmente, al desarrollo del niño que nacía, sino que solamente alimentaba «la semilla» del varón hasta que ésta llegara a su madurez. Así que el estado de «caída» de la humanidad de

la mujer, no entraba en consideración.

No obstante, con el paso de tiempo, cuando se llegó a entender el papel de la mujer como genéticamente co-creadora, esta consideración tuvo que ser revisada para que el mismo salvador no quedara corrompido por el pecado de Adán vía su madre, quien también era hija de Adán. Esto fue manejado en la tradición Católica en el siglo diecinueve con la doctrina de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen. Ella también fue preservada milagrosamente de la corrupción del pecado de Adán. La intervención del poder de Dios hizo imposible que en su concepción inmaculada la virgen pasara al salvador los efectos del pecado de Adán. Así se logró asegurar la salvación. Jesús, el sin pecado, quedó capacitado, por sus orígenes, para hacer el sacrificio perfecto. Y haciéndolo quitó el pecado del mundo. Su sangre nos lavó a nosotros los humanos. Por la sangre de Cristo fuimos salvados (Rm 5,9; Hb 9,12; 1Pe 1,19). Este fue el modo como la obra salvadora de Cristo fue entendida entre los primeros cristianos.

Luego, otras mentes religiosas desarrollaron estos temas hacia nuevos niveles de interpretación. Fue el tiempo en que las doctrinas de la expiación y libros de la teología de la cruz empezaron a aparecer. En esta perspectiva que se iba desarrollando en la joven iglesia, aunque ahora nos parece terrible, la imagen de Dios empezó a incluir un sentido de rectitud tal, que se consideró que debió exigir un sacrificio cruento. El texto de la Epístola a los Hebreos (9,22) que decía «pues, según la Ley, casi todas las cosas han de ser purificadas con sangre, y sin efusión de sangre no hay remisión», fue empleado para justificar este punto de vista. Entonces se dijo que Dios exigió esta ofrenda a Jesús. Se aplicó a Jesús la imagen del Siervo Sufriente del Segundo Isaías: «con sus cardenales hemos sido curados». Se dijo, que Dios el Padre había descargado sobre el Hijo, la culpa de todos nosotros (Is 53,5-6). En la tradición evangélica del siglo XIX, estos temas entraron en los himnos cristianos y por eso cantamos sobre haber sido «lavados en la sangre» o «salvados por la sangre de Jesús». Nuestros cantos aún hablan de fuentes repletas con su sangre limpiadora... Cuando predicadores han predicado sobre estos temas, han dicho y repetido que «Dios clavó a su hijo en la cruz por nuestra salvación». Así, las variaciones sobre este tema han seguido recorriendo toda la historia cristiana.

Han sido raras las veces que los cristianos hicieron una pausa para reconocer en qué clase de monstruo que habían transformado a Dios. A un padre humano que, por cualquier motivo que fuere, clavara a su hijo en una cruz, iría a la cárcel, por abuso infantil. Sin embargo, se siguió diciendo eso de Dios, como si ese hecho lo hiciera más santo y más digno de adoración.

Por detrás de todas estas imágenes, tenemos que reconocer que estaba aquel sentido de la vida humana caída del objetivo que le había sido marcado en la creación. El plan fundamental de salvación fue la necesidad de superar esta caída, y devolver el mundo a la perfección proyectada por Dios desde la creación. A Jesús, como Dios/hombre, le fue asignado el papel de rescatador/salvador. Él pertenecía al Dios celestial que vivía más allá de los cielos, así que él «bajó de los cielos» para nuestra salvación. También era humano, y entró en la arena

humana como salvador, no mancillado por el pecado de Adán. A pesar de todo, aun siendo inocente, sufrió las consecuencias de la caída de Adán, puesto que su papel era morir. En su muerte, él, como el cordero pascual, rompió el poder de la muerte, y como los animales de Yom Kippur, no solamente fue el sacrificio perfecto, sino que también quitó los pecados del mundo. Jesús logró todo esto en su crucifixión, que fue entendida como el momento sacrificador. Por supuesto, la resurrección fue el símbolo de la aceptación por parte de Dios del sacrificio realizado en la cruz de Calvario. Aceptando la ofrenda de esta muerte en la cruz, Dios preparó la superación de aquella muerte, vía la resurrección. En conjunto era un sistema teológico claro e ingenioso.

Para muchos de nosotros, esta visión de cristianismo resulta difícil de aceptar o creer. Yo, personalmente, optaría más por aborrecer, en vez de adorar, a una deidad que exigiera el sacrificio de su hijo. Mas aún, a muchos otros niveles, todo este sistema teológico, con sus raros presupuestos, ahora está completamente desenmarañado adentro de nuestro mundo posmoderno y debe ser eliminado total y conscientemente del cristianismo.

El proceso de desmantelamiento empezó cuando nos dimos cuenta de que Adán y Eva no fueron los padres primitivos y que toda vida no se derivó de ellos dos. La teoría de evolución convirtió a Adán y Eva en leyendas, en el mejor de los casos. No fue fácil a las instituciones religiosas aceptar la evolución, incluso hoy en día se oyen voces en partes remotas del mundo resistiéndose. Estas voces nunca tendrán éxito. Es claro que la vida humana evolucionó en un proceso de unos 4.500 a 5.500 millones de años. No hubo primeros padres, así que el acto primitivo de desobediencia de nuestros supuestos primeros padres, no pudo haber afectado la entera raza humana. De esta manera, el mito recibe un golpe mortal y el relato monolítico de la salvación, construido por apologistas cristianos durante siglos, se empezó a tambalear.

La primera línea de defensa, fue moverse desde un Adán/Eva literal hacia un Adán/Eva simbólico, y del cuento literal de la vida en el Jardín de Edén, hacia un cuento simbólico de la caída humana de la perfección que Dios había pretendido para nosotros con la creación.

Los seres humanos, se dijo entonces, por su propia naturaleza, están alienados de Dios. Ésta fue la nueva definición del pecado original. No había sido una historia, primordial o no. Se trataba más bien de la descripción de nuestro mismo ser. Era algo más bien ontológico. Ello hizo que el pecado viniera a ser la universal condición humana. Sólo los seres humanos fueron afectados por el pecado, porque sólo ellos recordaban aquello para lo que habían sido creados. «Me has hecho solamente para ti -escribió Agustín-, y nuestros corazones están inquietos hasta encontrar su descanso en ti». Los animales no se sintieron incómodos bajo las condiciones de existencia. No se resistían a la muerte, excepto a la muerte violenta o prematura. Para ellos la muerte parecía algo natural, pero no para los creados a la imagen de Dios.

El cuento de Adán/Eva, así, fue transformado en una parábola sobre el sentido de la vida, destinada a Dios, pero vivida en la alienación de Dios. Y esa alineación era el pecado original. La narración de la caída llegó a ser así una narración sobre el amanecer de la auto-conciencia.

Fue una transición interesante, desde el literalismo hacia el simbolismo, y salvó el mito por más o menos otro siglo.

No obstante, esta trasposición de sentido no lo pudo salvar para siempre. En su prisa por transformar a Adán y Eva desde una historia literal hacia un símbolo de la ontología humana, la mayor parte de la gente, no cayó en la cuenta de que Darwin, con esta mentalidad posmoderna, había hecho bastante más que simplemente desliteralizar a Adán y Eva: Darwin había desafiado, y con éxito, el concepto de la bondad de la creación.

Pensar que la creación es buena implica que la obra de creación está completa. Pero Darwin nos hizo conscientes de que creación, aun ahora, no está terminada. Todavía se siguen formando galaxias. La vida humana también sigue evolucionando... De repente, toda la estructura mitológica, en la cual y por la cual la figura de Cristo ha sido enmarcada, ahora se vino abajo. ¿Qué es el pecado? No es, y nunca podría ser, la alineación de perfección que Dios en la creación habría pretendido para nosotros, puesto que no existe algo así como una creación perfecta. No hubo tal caída en pecado. No obstante, en algún sentido todos los seres humanos seguimos estando involucrados en la lucha para alcanzar nuestro propio, verdadero y profundísimo ser. Nosotros los seres humanos, hemos emergido lenta pero firmemente, desde dentro de una sopa evolutiva de billones de años. De ninguna manera hemos sido literalmente creados a imagen de Dios. Así de sencillo: evolucionamos desde formas inferiores de vida y finalmente hemos desarrollado una conciencia más alta. El propósito de la creación no se cumplió necesariamente con el advenimiento de la vida humana, puesto que la vida humana, como la conocemos nosotros, entró en la historia hace muy poco.

Hoy en día existen muchas razones para creer que nuestra especie, conocida como Homo sapiens, no es eterna. Hemos ensuciado nuestro nido ambiental tan ampliamente, hemos sobrepoblado nuestro planeta con tanta irresponsabilidad, hemos desarrollado armas de destrucción masiva de tal tamaño que la misma supervivencia humana está lejos de estar asegurada. Nosotros, los seres humanos, aparecemos como algo incidental, tanto de cara al pasado como de cara al futuro de este planeta. Aparentemente, la vida es completamente capaz de seguir adelante con o sin la participación humana. No obstante, todos nuestros entendimientos básicos e interpretaciones de la vida siguen suponiendo que el universo es radicalmente antropocéntrico. Todos los sistemas religiosos mantienen que el sentido de la vida humana es central para cualquiera otra consideración.

¿Qué posible sentido podría tener el concepto de una primitiva caída de vida humana en el pecado, para aquellas criaturas que sólo hace poco han evolucionado al escenario mundial, y no dan evidencia que su estancia vaya a ser permanente? ¿Cómo puede darse una caída al pecado si nunca había existido una perfección desde donde caer? ¿Qué clase de deidad es ésa que exige a nosotros una ofrenda sacrificadora, con el fin de superar un abismo que ahora nos damos cuenta de que no existe? ¿Quién se sentiría atraído por la imagen de un salvador divino que con su autodestrucción pagaría el precio del pecado? El entendimiento tradicional de la historia de salvación y las diferentes teorías de expiación, todo se viene abajo en este punto,

incluso la interpretación que hemos puesto tradicionalmente sobre la cruz del Calvario.

Todas estas interpretaciones nos fuerzan a relacionarnos imágenes de una deidad externa que actuó como una figura autoritaria, humana y caprichosa que se habría sentido insatisfecha con la conducta humana, y que demandaría alguna forma de expiación. Nos imponen en una definición de la vida humana como pecaminosa y caída. No obstante, aquella deidad externa hoy se encuentra completamente muerta, y aquellas definiciones de vida humana que nos exigían soñar con actos de expiación, sacrificios y cuentos de intervenciones divinas, carecen hoy de todo sentido. Así que, la inmensa mayor parte del tradicional «lenguaje sobre Cristo» ha llegado a ser ininteligible. Jesús, como agente de Dios en la divina operación redentora, no es un Jesús que ejercerá atracción ni resultará inteligible para los ciudadanos de este siglo.

Más bien, hemos evolucionado de nuestro pasado evolutivo, y todavía estamos en proceso de formación. Nuestra falta de integridad es una señal del equipaje que llevamos como sobrevivientes de ese largo y difícil pasado. Somos los portadores de lo que un biólogo británico ha llamado, «el gen de egoísmo». Cuando cualquiera de nosotros se encuentra en una lucha para sobrevivir, aún nuestros instintos más altos vienen para abajo y nuestro egocentrismo radical nos lleva a precipitarnos de nuevo en una lucha de dientes y zarpas. Así de sencilla es la descripción de nuestro ser. Eso es lo que quiere decir ser humano.

Un salvador que nos devuelva a nuestro estado pre-caído es, por eso, una resto pre-darwiniano, y una estupidez pos-darwiniana. Un redentor sobrenatural que entra a nuestro mundo caído para reparar la creación, es un mito teístico. Así que, nos toca librar a Jesús del papel de rescatador de redentor. Hasta tal extremo hemos sido sometidos por este malentendido, que la mayor parte de nosotros no conocemos ningún otro modo de hablar de él más que reduciéndole a un mero buen maestro o buen ejemplo. Si la experiencia crística no hubiera sido nada más que eso, dudo que hubiera sobrevivido. No obstante, el Jesús de quien el credo dice «que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo», sencillamente ya no dice nada a nuestro mundo. Esos conceptos tendrán que ser arrancados y abandonados. Si la experiencia crística es algo real, entonces tenemos que descubrir un nuevo modo de hablar de ella.

Por ahora, yo sólo digo que esta vieja y tradicional visión del Cristo está muerta como alternativa viable. No podremos avanzar si esta convicción no se acepta. Ese mero hecho, por sí mismo, anuncia el amanecer de un cambio amplio en el paisaje teológico.

John Shelby SPONG,
Why Christianity Must Change or Die. A Bishop Speaks to Believers in Exile,
HarperSanFrancisco, 1998, chapter six, p. 83-99.
Traducción de Justiniano Liebl.